

Tal es el génio; tal es, por consiguiente, el Padre de la Iglesia. Puedes retar á tus condiscípulos á que te señalen entre los antiguos y los modernos alguno que haya verificado mejor ó tan bien la definición del hombre grande. Por renombradas que sean las especialidades, sobre todo las especialidades actuales, en química, en física, en mecánica, en industria, no son ni génios, ni mucho ménos, grandes génios. El hombre, cuya mirada no se extiende más que á una ley secundaria de la armonía universal, no merece el nombre de génio. Y no se llame grande al músico que no sabe sacar más que un sonido de su instrumento, sino á aquel que hace resonar armoniosamente todas las cuerdas.

No me permite el tiempo terminar esta noche mi carta, mañana la continuaré.

CARTA III.

A 28 de Noviembre.

Continúa el tercer indicio.—Los doctores de Oriente y Occidente.—Constantino, Teodosio, Carlo-Magno, San Luis, Bayaró, D. Juan de Austria, Sobieski.—Cuarto indicio: La conducta de la Iglesia.—Quinto indicio: Los que hacen la señal de la cruz.—Resúmen.

Queda asentado, querido amigo mio, que sin excepcion alguna, todos esos grandes genios hacian la señal de la cruz como la pueden hacer los niños. La hacian con mucha frecuencia, y no cesaban de recomendar á los cristianos la hicieran en todas ocasiones. Santiguar, dice uno de ellos, á los que ponen su esperanza en Jesucristo, es lo primero y lo más conocido que ha tenido lugar entre nosotros, *primum est et notissimum.* (1)." Y otro:

1. San Basil., Do S. p. S.; c. XXVII.

“Por donde quiera se halla la cruz: en la casa de los príncipes y en la de los súbditos, en la de las mujeres y en la de los hombres, en la de las vírgenes y en la de las casadas, en la de los esclavos y en la de los hombres libres, y todos en general marcan con ella la parte mas noble de su cuerpo, la frente... Nunca paseis del umbral de vuestra puerta sin decir: *Renunció á Satanás y me acojo á Jesucristo*, y sin acompañar estas palabras de la señal de la cruz: *Cum hoc verbo et cruce[m] in fronte imprimas* (1). Otro mas: “Debemos santiguarnos en cada accion del dia, *omne dici opus in signo facere Salvatoris* (2)”

Otros aún: “Que la señal de la cruz se hace constantemente sobre el corazon, sobre la boca, sobre la frente, en la mesa, en el baño, en la cama, al entrar y al salir, en la alegría y en la tristeza, sentado, de pié, al hablar, al andar, en todas nuestras obras, *verbo dicam in omni negatio*. Hagámosla sobre nuestro pecho y sobre todos nuestros miembros con el fin de que todo nuestro ser

1. S. Christ. Quod Christus sit Deus; et homil. XXI; ad popul. Anihoc.

2. S. Ambr., Ser., XI. III.

esté cubierto con esa invencible armadura de los cristianos: *armamur hac insuperabile christianorum armatura* (1)”

Hasta el último suspiro, confirmando sus palabras con su ejemplo, vemos morir á esos grandes génios como al ilustre Crisóstomo, el rey de la elocuencia, haciendo la señal de la cruz. Formados en su escuela los mas nobles cristianos caminan sobre sus huellas. Hablando de Santa Paula, la nieta de los Scipiones, dice San Gerónimo: “Cuando estaba próxima á exhalar el postrer suspiro, y que apenas la oíamos hablar, tenia el dedo sobre su boca, y fiel á la costumbre, imprimia la señal de la cruz sobre sus labios (2)”

Atravesemos los siglos, y señalemos algunos brillantes eslabones de la cadena tradicional. Sin hablar de esos inmortales emperadores, legisladores y guerreros, Constantino, Teodosio, Carlomagno, tan fieles á la costumbre de la señal de la cruz, lleguemos al mas grande de nuestros reyes San Luis. Su amigo y su historiador, el señor de Tionville, nos

1. S. Gaudent. epis Briac'en., *Trat. de lect. evang.*; S. Cyrill Hier., *Catech.*, IV n. 14.; S. Ephr., de Panoplia.

2. Ad Eustoch., de Epitaph. Paulae.

ha dejado este testimonio: "En la mesa, en el consejo, en el combate, en todas sus acciones el rey comenzaba siempre por santiguarse (1)"

Ballardo, el caballero sin miedo y sin tacha, está herido de muerte. Digno de su vida, su último acto es la señal de la cruz que hace sobre su pecho con su propia espada.

Representadas por dos flotas de más de cuatrocientas velas, la potencia católica y la potencia musulmana, están frente á frente en el golfo de Lepanto. Del combate va á depender la salvación de la cultura ó el triunfo de la barbarie. Los destinos de la Europa entera se hallan en manos de D. Juan de Austria. Antes de dar la señal del ataque, el héroe cristiano se santigua; todos los capitanes imitan su ejemplo, y el islamismo sufre una derrota de la que nunca ha podido levantarse.

En otra ocasión, un siglo más tarde, trata de reparar su caída. Sus innumerables hordas avanzan hasta los muros de Viena. Es llamado Sobiestti. Sus fuerzas nada valen comparadas con las del enemigo. Pero Sobiestti es cristiano. Antes de salir al

1. Aie, c. XI

campo hace que su ejército se santigue; él mismo hace la señal de la cruz viviente oyendo la misa con los brazos estendidos en forma de cruz. *De aquí el que, dice un guerrero cristiano, fuera bati-do el gran visir.*

Nunca terminaría, mi buen amigo, si quisiera citar todos los hechos que establecen la perpetuidad y la frecuencia de la señal de la cruz entre los verdaderos cristianos de todos los siglos y de todas las condiciones, en el mundo, lo mismo que en los claustros, en Oriente como en Occidente. Esta gloriosa tradición no forma por sí misma una respetable preocupación en favor de nuestros abuelos de la primitiva Iglesia?

—Qué piensan de esto tus jóvenes compañeros?

Cuarto indicio en favor de los cristianos primitivos: *La conducta de la Iglesia.*

Pasan los siglos, y con ellos los hombres cambian. Leyes, costumbres, modas, lenguaje, maneras de ver y de juzgar, todo se modifica. Solo la Iglesia no cambia nunca. Inmutable como la verdad, de la que ella es madre, lo que enseñaba, lo que hacía ayer, lo enseña y lo hace hoy, y lo enseñará y lo hará mañana y siempre.

Cuál es su pensamiento, cuál su conducta acerca de la señal de la cruz? No hay otro punto sobre el cual se manifieste con mas esplendor su divina inmortalidad. Puede decirse que desde hace diez y ocho siglos la Iglesia vive con la señal de la cruz? Ni un instante cesa de emplearla. Todo comienza, continúa y acaba por esta señal. De todas sus prácticas, la señal de la cruz es la mas principal, la mas ordinaria, la mas familiar. Es el alma de sus exorcismos, de sus plegarias y de sus bendiciones.

Lo que la vemos hacer á nuestros ojos en las basílicas, lo hace á los ojos de nuestros padres en las catacumbas. "Sin la señal de la cruz, dicen ellos, nada entre nosotros se hace con legitimidad, nada es perfecto, nada es santo (1)"

Semejante al de su divino Fundador, el poder de la Iglesia se ejerce sobre las criaturas y sobre el hombre. Se extiende en el cielo y sobre la tierra:
Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra.

1. Sine quo signo nihil est sanctum, neque alia consecratio meretur affectum.—S. Cyr. de bapt. chr. Quod signum: nisi adhibeatur, nihil recte perlesitur.—S. Aug., tract. 128 ni Joan., n. 5.

Cómo lo ejercen? Por la señal de la cruz. Todo lo que destina á sus usos, el agua, la sal, el pan, el vino, el fuego, la piedra, la madera, el aceite, el bálsamo, los ornamentos, los bronce, los metales preciosos, todo lo que pertenece á sus hijos, sus moradas, sus campos, sus rebaños, sus rítiles de trabajo, las invenciones de su industria; de todo toma ella posesion por la señal de la cruz.

Cuando procede á preparar al Dios del cielo una habitacion en la tierra, ante todo, la señal de la cruz debe consagrar el sitio en que va á ser construido el edificio. "Que nadie, dicen los concilios, se permita construir una iglesia sin que antes llegue el obispo al lugar, y haga allí la señal de la cruz, á fin de despedir á los espíritus malignos (1)" La señal de la cruz es lo primero que se hace para bendecir los materiales del templo. Se la grava veinte veces sobre el pavimento, sobre los pilares, sobre el altar. Para immobilizarla se la fabrica en hierro colocándola en la cúspide del edificio. ¿Qué

1. Nemo ecclesiam aedificet, antequam episcopus civitatis veniat et ibidem crucem figat: addit glossa ad abigendas inde dæmonum phantasia —Novella V, paragraph. 1, cap. Nemo de consecrat., dist. 1.

harán antes de atravesar el dintel de la casa de Dios cuando los hijos de la Iglesia penetren á ella? La señal de la cruz. Por qué ceremonia comenzarán á celebrar las alabanzas al Altísimo los gefes de la oracion, los obispos y los sacerdotes? Por la señal de la cruz.

“Cuando al comenzar los oficios nos santiguamos pronunciando estas palabras: *Dios mio, venid en mi ayuda*, es como si dijeseamos, escribe un antiguo litúrgico: Señor, vuestra cruz es nuestra ayuda; la mano os representa la señal y el lábio os ruega. El diablo es el gefe de todos los enemigos de nuestra salvacion; gobierna el mundo, despierta los apetitos carnales para atraernos. Si pues nos ayudais, Señor, con vuestra cruz, él y todos nuestros enemigos serán derrotados (1)”

Observa sobre todo su conducta en lo que respecta al hombre, templo vivo de la Trinidad.

La primera cosa que hace sobre él al salir del seno de su madre, es la señal de la cruz, la última, cuando vuelve á las entrañas de la tierra, es tam-

1. Razones del oficio, etc. p. 270.

bien la señal de la cruz. Al hijo de su ternura le da su primera felicidad y su último adios.

¡Cuántas señales de la cruz recibe el hombre en el espacio que separa la cuna de la tumba! En el bautismo, en donde se hace hijo de Dios, la señal de la cruz; en la confirmacion, en donde se hace soldado de la virtud, la señal de la cruz; en la Eucaristía, en donde se alimenta con el pan de los ángeles, la señal de la cruz; en la penitencia, en donde recobra la vida divina, la señal de la cruz; en la Extrema-uncion, en donde se fortifica para el último combate, la señal de la cruz; en la orden sacerdotal y en el matrimonio, en donde se asocia á la paternidad del mismo Dios, la señal de la cruz. ¡Siempre y en todas partes, hoy como en otros tiempos, en Oriente como en Occidente, la señal de la cruz está sobre el hombre (1)!

Todavía esto es nada. Ves lo que hace la Iglesia cuando en la persona del sacerdote sube al altar,

1 Si regenerare oportet cruxades; si mystico illo sibo nitrire, si ordinari, et si quidois aliud faciendum ubique nobis ades hoc victorae symbolum. —S. Chrys., in *Matth.*, homil. 54, lib. 4 — Quod signum nisi adhibeatur frontibus credentium, sive ipsi aquae in qua regenerantur, sive oleo quo chrismater unguuntur, sive sacrificio quo aliuntur, nihil eorum recte perficitur. —S. Aug. in *Joan.*, tract. 128, n. 5.

Revestida del infinito poder que le ha sido otorgado, va á ordenar no ya á la criatura, sino al Criador, no al hombre, sino á Dios. A su voz se abre el cielo, se encarna el Verbo y renueva todos los misterios de su vida, de su muerte y de su resurreccion. Este es un acto que debe ser llenado con la más solemne gravedad, un acto del que es necesario deterrrar con mayor cuidado todo lo que sea extraño ó supérfluo.

Ahora bien; en el curso de la *accion* por excelencia, la Iglesia multiplica más que nunca la señal de la cruz, se envuelve en la señal de la cruz; camina á través de la señal de la cruz; con tanta frecuencia la repite, que el número de veces á que asciendo podria parecer exagerado si no fuera profundamente misterioso. ¿Sabes cuántas veces hace el sacerdote la señal de la cruz durante la misa? *Cuarenta y ocho veces!* He dicho mal: en tanto dura el augusto sacrificio, el sacerdote es una señal viviente de la cruz.

Y la Iglesia católica, la grave instituidora de las naciones, la grave Señora de la verdad, ¿se divertiria en repetir tan frecuentemente en el acto más so-

lemne una señal inútil, supersticiosa ó de una mínima importancia? Si creyesen esto tus condiscipulos, cederia en perjuicio de ellos tal creencia; pero no es la credulidad la que les falta: es, pues, una preocupacion victoriosa en favor de nuestros antepasados la conducta de la Iglesia y de los verdaderos cristianos de todos los siglos.

Quinto indicio en favor de los cristianos primitivos: *Los que no hacen la señal de la cruz.*

Existen sobre la tierra seis categorías de seres que no hacen la señal de la cruz.

Los paganos, chinos, indus, tibetinos, hotentotes, salvajes de la Oceanía, adoradores de ídolos monstruosos, pueblos profundamente degradados y no ménos infelices, no hacen la señal de la cruz.

Los mahometanos: puercos por el sensualismo, tigres por la crueldad, autómatas por el fatalismo, no hacen la señal de la cruz.

Los judíos: profundamente incrustados en una espesa concha de ridículas supersticiones, petrificacion animada de una raza degenerada, no hacen la señal de la cruz.

Los herejes: sectarios impertinentes que han pre-

tendido reformar la obra de Dios, y que en castigo de su orgullo han llegado á perder hasta el último giron de la verdad. "Me considero capaz, decia no ha mucho tiempo uno de sus ministros prusianos, de escribir en la uña de mi dedo pulgar todo lo que queda de creencias comunes entre los protestantes." Los protestantes no hacen la señal de la cruz.

Los malos católicos: renegados de su bautismo, esclavos del respeto humano, soberbios ignorantes que hablan de todo y que no saben nada, adoradores del dios estómago, del dios carne, del dios materia, y cuya vida íntima es una ropa sucia, no hacen la señal de la cruz.

Los animales bípedos y cuadrúpedos de todas especies: perros, gatos, asnos, mulas, camellos, bubos, cocodrilos, ostras, hipopótamos, no hacen la señal de la cruz.

Tales son las seis categorías de seres que no hacen la señal de la cruz. Si en presencia de los tribunales el carácter moral del actor ó del reo contribuye poderosamente, aun ántes del exámen de la causa, á fijar la opinion de los jueces, considera si el carácter de los seres que no hacen la señal de la

cruz es un débil indicio en favor de los cristianos primitivos.

En resúmen: por lo que respecta al uso frecuentísimo de la señal de la cruz, el mundo se divide en dos campos opuestos.

En favor: los admirables cristianos de la primitiva Iglesia, los más santos y los más grandes génius del Oriente y del Occidente, los verdaderos cristianos de todos los siglos, la misma Iglesia católica, la soberana de la verdad.

En contra: los paganos, los mahometanos, los judíos, los herejes, los malos católicos y los animales.

Me parece que ya puedes formar tu opinion. A mayor abundamiento, te convencerás cuando sepas los motivos que justifican á los unos y condenan á los otros. Te los diré en las siguientes cartas.

... en la mayor parte de las controversias, el hombre no
 ... la victoria que consiste en el triunfo en la esclavi-
 ... del error y del vicio.

—

A 29 de Noviembre.

Respuesta á una objecion.—Los tiempos han cambiado.—
 Razones en favor de los primeros cristianos, sacadas de
 la misma naturaleza de la señal de la cruz.—La señal
 de la cruz puede ser considerada de cinco maneras.— Una
 señal que ennoblece al hombre.—Pruebas de que es di-
 vina la señal de la cruz.

“A mi entender, dices, mi bueno y querido Fe-
 derico, está juzgada la cuestion. Nunca creeria que
 Dios ha dado la verdad y el buen juicio á sus ene-
 migos condenando al error y á la supersticion á sus
 mejores amigos.”

Sin sorprenderme, me regocija esta confesion. Tu
 espíritu busca la verdad y tu corazon no la rechaza.
 Bien fácil seria la tarea del apologista si en to

... en la mayor parte de las controversias, el hombre no
 ... la victoria que consiste en el triunfo en la esclavi-
 ... del error y del vicio.

—

A 29 de Noviembre.

Respuesta á una objecion.—Los tiempos han cambiado.—
 Razones en favor de los primeros cristianos, sacadas de
 la misma naturaleza de la señal de la cruz.—La señal
 de la cruz puede ser considerada de cinco maneras.— Una
 señal que ennoblece al hombre.—Pruebas de que es di-
 vina la señal de la cruz.

“A mi entender, dices, mi bueno y querido Fe-
 derico, está juzgada la cuestion. Nunca creeria que
 Dios ha dado la verdad y el buen juicio á sus ene-
 migos condenando al error y á la supersticion á sus
 mejores amigos.”

Sin sorprenderme, me regocija esta confesion. Tu
 espíritu busca la verdad y tu corazon no la rechaza.
 Bien fácil seria la tarea del apologista si en to

011664

dos concurrieran esas mismas buenas disposiciones. Desgraciadamente no sucede así.

En la mayor parte de las controversias, sobre todo en las controversias religiosas, el hombre no discute con su razón, sino con sus pasiones. No combate por la verdad, sino por la victoria. Triste victoria que consiste en afirmarse en la esclavitud del error y del vicio.

Lo que sé de tus discípulos y de tantos otros pretendidos católicos de nuestros tiempos, me hace abrigar el temor de que ellos ambicionan esta funesta victoria. Los amo demasiado para no disputárselas. A fin de arrancar la venda que los cubre y de encender más y más tu propia convicción, voy á exponer las razones intrínsecas que justifican la inviolable fidelidad de los verdaderos cristianos en el frecuentísimo uso de la señal de la cruz.

Rindamos de antemano justicia á la grande objeción de los modernos menospreciadores de la señal de la cruz. "Otros tiempos, otras costumbres, dicen. Lo que en los primeros siglos de la Iglesia era útil y necesario, no lo es ya hoy. Los tiempos

han cambiado, es preciso marchar con las ideas del siglo."

San Pablo les responde: *Jesucristo era ayer, es hoy y será el mismo en los siglos de los siglos.* Tertuliano agrega: *El Verbo encarnado se llama la verdad y no la costumbre.* Ahora bien, la verdad no cambia. Lo que los apóstoles, los cristianos de la primitiva Iglesia, los verdaderos cristianos de todos los siglos, han tenido por útil y hasta cierto punto necesario, no ha cesado de serlo. Me atrevo aún á afirmar que lo es hoy más que nunca. La razón de esta estriba en las relaciones de semejanza que existen entre la posición de los cristianos de los primeros siglos y la de los cristianos del siglo XIX.

Cuál era la posición de nuestros padres de la primitiva Iglesia? Estaban frente á frente de un mundo que no era cristiano, que no quería llegar á serlo, que no quería que lo fuera nadie, y que perseguía acérrimamente á aquellos que se obstinaban en serlo. Y nosotros no estamos frente á frente de un mundo que cesa de ser cristiano, que no quiere volver á serlo, que no quiere que lo sea

nadie, y que persigue unas veces con astucia y otras con violencia á los que se obstinan en serlo? Si en idéntica situacion los cristianos primitivos, formados en la escuela de los apóstoles, miraron como necesario el uso tan frecuente de la señal de la cruz, qué razones tendríamos nosotros para abandonarlo? Somos más hábiles ó más fuertes? Los peligros son menos grandes, los enemigos menos numerosos ó menos pérfidos? Asentar semejantes cuestiones es resolverlas. Pasemos adelante.

Hasta aquí, mi querido Federico no he hecho valer mas que las circunstancias exteriores de la causa; es necesario ahora defenderla en el fondo narrando las razones tomadas de la naturaleza misma de la señal de la cruz. Para tí, para mí, para todos los hombres sensatos se resumen así:

Hijos del polvo, la señal de la cruz es una señal divina que nos ennoblece.

Ignorantes, la señal de la cruz es un libro que nos instruye.

Pobres, la señal de la cruz es un tesoro que nos enriquece.

Soldados, la señal de la cruz es una arma que disipa al enemigo.

Viajeros para el cielo, la señal de la cruz es un guía que nos conduce.

Endózate tu toga de juez, siéntate en tu sillón, cúbrete con tu toca y escucha.

HIJOS DEL POLVO, LA SEÑAL DE LA CRUZ ES UNA SEÑAL DIVINA QUE NOS ENNOBLECE.—Cuál es, dime, ese sér que viene al mundo llorando, que se arrastra como el gusano, sujeto como este animalillo á todas las dolencias y por mas tiempo que él incapaz de proveer á sus necesidades? Que el hombre que se llama príncipe, rey, emperador; que la mujer que se titula condesa, duquesa, emperatriz, no sean demasiado soberbios. Una sola mirada hácia atrás les enseñará lo que es su sér, porque este sér es el hombre: gusano de tierra en la cama; pasto de los gusanos en la tumba (1).

Este sér tan ínfimo, tan nulo, tan vergonzosamente confundido durante los primeros años de su vida con los mas débiles y los mas viles animales, no se parece por lo demas á ellos por sus instin-

1. Prienam vocem similen omnibus emisiplorans. In involus meritis untribus sum, et curis magnis. Nemo enim ex regibus habiud hativitatis initium.—Sap., VII, 32. Nihil est ita imperfectum, inops nudum inforicis, spuream, ut honu a parbu.—Plutarch., "lib. de amore prolis".

tos. Por principio, este sér es la imagen de Dios, el rey de la creacion: por esto no debe degradarse. Dios le toca en la frente y le imprime una señal divina que le ennoblece. Nobleza obliga. Respetado de los demás se respetará á sí mismo. Estas cartas de nobleza, esta señal divina es la señal de la cruz.

Es divina, puesto que viene del cielo y no de la tierra. Viene del cielo puesto que solo el propietario tiene el derecho de marcar sus productos con el cuño de su efigie. Viene del cielo, puesto que la tierra confiesa no haberla inventado. Recorramos todos los países y todos los siglos, y en ninguna parte encontrarás al hombre que ha imaginado la señal de la cruz, al santo que la ha enseñado, al concilio que la ha impuesto." La tradicion la enseña, dice Tertuliano, la costumbre la confirma, la fe la practica." (1)

En Tertuliano vienes á oír la última mitad del segundo siglo de la Iglesia. San Justino habla de

1 Harum et aliarum hujusmodi disciplinarum si legem expartules scripturarum, nullam invenies. Traditio tibi prætentidit, anetrix, consuetudo confirmatrix et fides observatrix.—Tertul. De Coron mil; c. III.

la primera, y se enseña no solamente la existencia de la señal de la cruz, sino la manera con que se hacia (1). Hémos aquí en los tiempos primitivos, tiempos de perpetua memoria que los mismos herejes denominan la edad de oro del cristianismo, por la fuerza de la doctrina y por la santidad de las costumbres. Pues bien, en esos tiempos encontramos en plena práctica la señal de la cruz santa en Oriente como en Occidente.

Avancemos algunos pasos y demos la mano á San Juan, el último sobreviviente de los apóstoles. Ves al venerable anciano haciendo la señal de la cruz sobre una copa envenenada y bebiendo impunemente el licor asesino (2). Un poco mas léjos están sus ilustres colegas Pedro y Pablo:

Como Juan, el discípulo querido del divino Maestro, Pedro y Pablo (principes del apostolado) hacen religiosamente la señal de la cruz, y la enseñan del Oriente al Occidente, en Jerusalem, en Antioquia, en Aténas, en Roma, entre los griegos y entre los

1. Deatra manu in nomine Christi quos erncis signo obsiguan- di sunt obsiguanus.—Quaest., 113.

2. S. Simeon, metaph. in Joan.

bárbaros. Escuchemos á un testigo irrecusable de la tradicion: "Pablo, dice San Agustin, lleva por todas partes el real estandarte de la Cruz. Atrae á los hombres, y Pedro marca á las naciones con la señal de la cruz (1)."

No solamente la hacen sobre los hombres, sino que tambien la hacen sobre las criaturas inanimadas. "Toda criatura de Dios es buena, escribe el gran apóstol, y es necesario no rechazar nada de lo que puede ser recibido con acciones de gracias, por que está santificado por la palabra de Dios y por la oracion (2)."

Tal es la regla. ¿Cuál su sentido? Si en el estudio del derecho se encuentra un texto oscuro, ¿qué se hace? Para aclararlo se consulta al intérprete más autorizado y más inmediato al legislador: su palabra es ley.

Escucha al intérprete más autorizado de San Pablo, al gran Crisóstomo. "Pablo, dice, establece aquí dos puntos: el primero, que ninguna criatura es in-

1 Circumfert Paulus Dominicum in cruce vexillum. Et isto piscator hominum, et ille titulat signo crucis gentiles. — Serm. XXVIII.

2 Timot., IV, 4-5.

munda; el segundo, que suponiéndola tal, está en su mano el medio de purificarla. Hacedle la señal de la cruz; dad gracias y glorificad á Dios, y en el instante desaparecerá toda mancha (1)." Tal es la doctrina apostólica.

Los principios de los apóstoles no estriban solo en hacer la señal de la cruz sobre las criaturas inanimadas y sobre las multitudes que acuden á la fe, tambien la hacen sobre sí mismos. Esta señal existia, pues, ántes que ellos. Pablo, el perseguidor, cae boca arriba en el camino de Damasco. Fuerza es que se convierta en el apóstol del Dios á quien persigue. ¿Cuál será el primer acto del Dios vencedor? Será el de marcar al vencido con la señal de la cruz. "Vé, le dice á Ananías, y márcale con mi señal (2)."

¿Cuál es, pues, el autor y el instituidor de la señal de la cruz? Para encontrarle es necesario atrave-

1 Duo capita penit, unum quidem quod creatura nulla communis est. Secundo, quod esti communis sit, medicamentum in promptu est. Signum illi crucis imprime, gratias age, Deo gloriam refert, et protinus immunditia omnis abscissit. — In Timot. Homil. XII.

2 Vade ad eum, et signo eum caractere meo. S. Aug., serm. II et XXV, De Sanctis.

sar todos los siglos, todas las criaturas visibles, todas las gerarquías angelicales; es necesario elevarse hasta el Verbo eterno, la verdad en persona.

Escucha aún á un testigo perfectamente admitido por su saber; testigo santo, tanto más irreprochable cuanto que ha firmado su testimonio con su sangre misma. Me refiero al inmortal obispo de Cartago, S. Cipriano: "Señor, escribía; Padre Santo, tres cosas imperecēderas nos habeis legado: el cáliz de vuestra sangre, la señal de la cruz y el ejemplo de vuestros dolores (1)." San Agustin agrega: "Sois vos quien habeis querido que esta señal nos fuera impresa sobre la frente (2)."

Con gusto citaria otros veinte testigos; pero como escribo cartas y no un libro, me abstengo de ello. La señal de la cruz es una señal divina: primer hecho adquirido en la discusion. Mañana te hablaré del otro que hay en ella.

1 Tu, Domine, sacerdos sancte, constitusti nobis inconsumptibiliter potum vivificum, crucis signum, et mortificationis exemplum. —Serm. de Pass. Chr.

2 Signum suum Christus in fronte nobis fiji voluit. —in ps. 130.

CARTA V.

A 30 de Noviembre.

La señal de la cruz nos ennoblece.—Es la señal exclusiva de lo más florido de la humanidad.—Es el blason del católico.—Lo que es un católico.—Al ennoblecernos la señal de la cruz, nos enseña el respeto á nosotros mismos.—Importancia de esta leccion.—Vergüenza para los que no hacen la señal de la cruz.—Cuadro del desprecio que se tienen á sí mismos.

He agregado, querido Federico, que la señal de la cruz es una señal que ennoblece: nos ennoblece porque es divina, y todo lo que es divino ennoblece. Esta sola razon podria dispensar cualquiera otra. Agrego, sin embargo, que la señal de la cruz nos ennoblece, porque es la señal exclusiva de lo más florido de la humanidad: ¿han reflexionado alguna vez en esto tus condiscípulos?

Todo aquel que no hace la señal de la cruz, sin